



La simultánea*

ELKIN RESTREPO

OK
A 1273709

ESCRIBIR. Escribir. Escribir. Lo hago, desde mi adolescencia, cuando sentí el impulso de realizarlo, sin apenas habérmelo planteado. Tengo que decir que, en mi casa, casa de gente pobre, no había libros. A éstos, los reemplazaba la radio que, con sus programas de la noche, satisfacían cualquier necesidad de ilusión, intriga o romance. Capítulo a capítulo, agrupados todos en la reducida sala, compartiendo espacio con el perro y el gato, pasábamos a veces años enteros siguiendo los episodios de la radionovela de moda. Recuerdo, por ejemplo, *Las aventuras de Chan Li Po*, una serie de suspenso y misterio, cuyo personaje central tenía acento de Hong Kong o Shanghái. No existía, crimen o caso que él, un detective avezado en estos asuntos, con sus mañas de oriental, no resolviera. Con paciencia infinita, se entregaba a descifrar enigmas que sólo un chino, por su condición de tal, estaba llamado a resolver, y que eran un deleite para el oyente. En honor al personaje, que cada noche nos mantenía pegados a la radio, los muchachos imitábamos a Chan Li Po, reemplazando la *r* por la *l*, así, como hablan los chinos, cuando nos cruzábamos en la calle.

Años después, cuando yo era un aspirante a ser poeta, en una reunión que doña Enriqueta Pellicer, sobrina del famoso poeta mexicano, le hizo a Enrique Buenaventura en El Jardín del Arte, una aristocrática casa de Laureles que siguiendo los caprichos líricos de su dueña, una vez caía la tarde, mudábase en templo del arte; allí, entre desperdigadas estatuas de Apolo, Venus, Bachués y Cristos retorcidos de palo, de José Horacio Betancur, escultor suicida, Enrique Buenaventura me confesó que él, actor que le había jalado a todo en la vida, era el mismísimo Chan Li Po el de la radionovela de tanto éxito. Para no matar mi ilusión, al ver encarnado el personaje en un simple mortal y además compatriota, fingí creerle, aunque, hasta hoy, en lo hondo del corazón, guardo cierto escepticismo. A lo mejor, Enrique me tomaba el pelo.

El Derecho de nacer fue un novelón cubano, que puso a llorar al país entero. Con él, Félix B. Cagnet, su autor, creó el género que mejor cuadra al barroco sentimental latinoamericano: el melodrama. El nombre de sus personajes, cursis y relamidos a morir, se hicieron entonces corrientes, motivando que, no sólo en la radio y la televisión, sino en la mismísima literatura y el cine, la gente aún hoy no se llame como se llama, sino que porte nombres falsamente aristocráticos. Albertico Limonta, principal personaje de dicha novela, por ejemplo, es el mayor de ellos.

La razón de este equívoco, tan propio del novelón, quizá estribe o provenga de un hecho inmodificable: que la vida verdadera, lo que se dice la vida verdadera —como diría Rimbaud—, está en otra parte, y que a todos, pobres o ricos, negros o blancos, nos toca comúnmente sobrellevar la carga de una existencia desencantada,

Página anterior:

Fotografía de familia con poeta.

* Texto leído en el primer encuentro de Estudiantes de Literatura en la Universidad de Antioquia, en 2005.



Con Manuel Mejía Vallejo y Débora Arango.



La pequeña tribu en territorio australiano.



La nieta más hermosa del universo.



Pasaje peatonal Junín, Medellín. Tomado de Alfredo A. Lastra S., *Lo que fue y es hoy Medellín* (inédito), Medellín, 1973.



Elkin Restrepo, *Memoria del mundo*, Pasto, Universidad de Nariño, Cuadernos de Cultura 5, 1974.

Cinelandia, en la carrera Junín. Tomado de *Colombia país de ciudades. Medellín*, vol. 3, Librería Colombiana Camacho Roldán, Bogotá, 1962.

llena de trivialidad y amargura, algo que sólo el amor, las lágrimas y un matrimonio de conveniencia pueden remediar —un truco del cual un buen libretista sabe sacar siempre provecho—.

No desdeño esta singular forma de divertirse, así riña habitualmente con el buen gusto o un complejo conocimiento de las cosas, pues al fin y al cabo —como el cómic, las novelitas de amor y de vaqueros—, forman parte de la vida como lo hace también una llameante caída del sol. Además, porque, productos de la imaginación popular, después de la revolución de los sesenta, nadie, ni siquiera doña Gloria Zea, a quien no le gustaba *El polvorete*, discutiría hoy su valor con fundamentadas razones.

Ahora bien, cuando no oía radio, leía novelitas. Las leía todas. Autores como Silver Kane, Marcial Lafuente Estefanía, Zane Grey o Corín Tellado, que Cabrera Infante, adelantándose a todos, reivindicó y elevó a los altares hace ya años, constituyeron el canon de una generación como la mía, cuya educación sentimental la recibió principalmente en la calle, antes que del púlpito o la escuela. Estoy seguro que, sin estos pequeños y banales libros, que cada domingo intercambiábamos a la entrada del teatro Manrique, los otros —las grandes obras, que hoy son nuestra razón de vivir—, no se nos hubieran dado. De ahí que, a modo de axioma, pueda afirmar que, por lo menos en la literatura, lo menor es siempre un anticipo de lo mayor.

Hoy, nivelados todos los órdenes de la cultura, ¿a quién puede hacer daño oír el *Tannhäuser* de Wagner y ver luego *Betty la fea*? ¿Asistir por televisión al último desfile de Guy Lagerloff o John Galliano y leerse *Desgracia* de Coetzee? Ahora que

LUGAR DE INVOCACIONES

ELKIN RESTREPO



Elkin Restrepo, *Lugar de invocaciones*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1977.

LA PALABRA SIN REINO

Elkin Restrepo



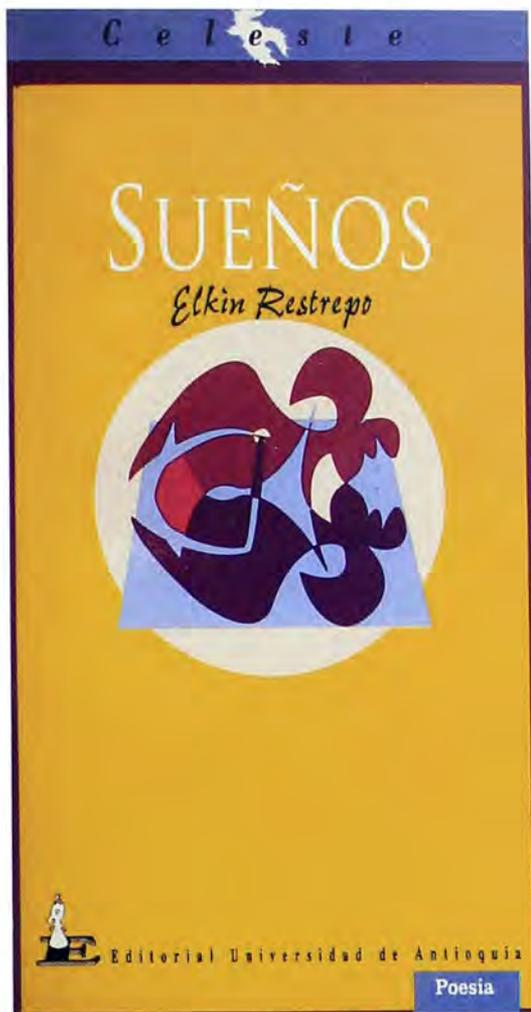
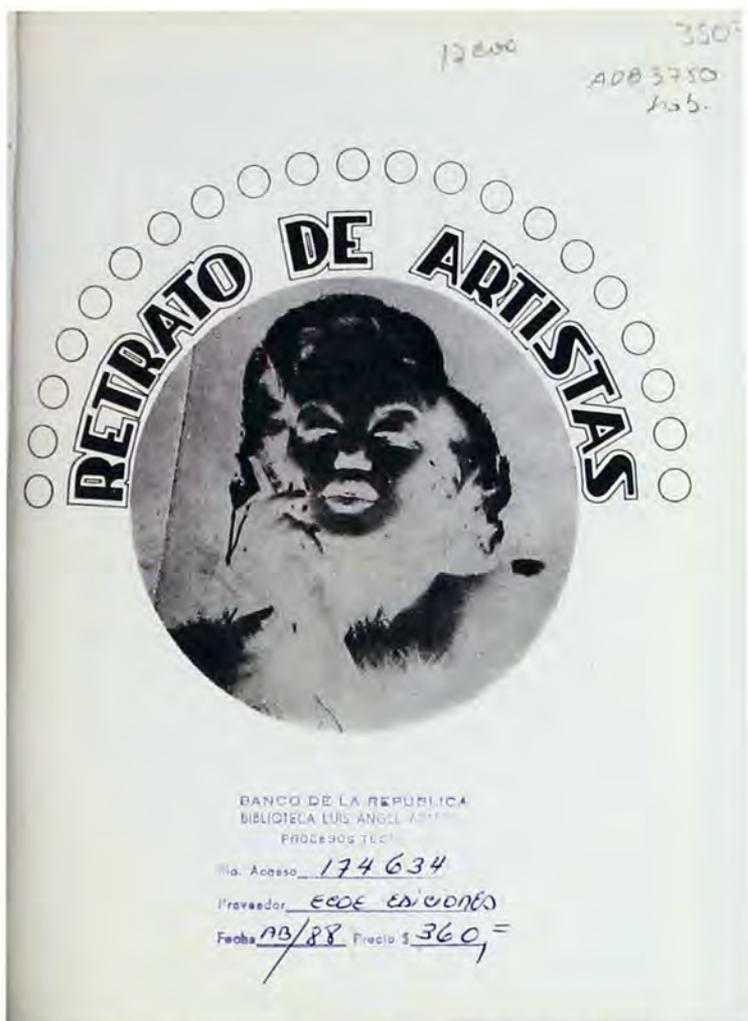
CUADERNOS DE POESIA COLCULTURA

Elkin Restrepo, *La palabra sin reino*, Bogotá, Colcultura, 1982.

lo pienso mejor, quizá pude ahorrarme la escuela, sus cánones de cemento y jornadas empalagosas, si hubiera seguido mi instinto ocioso y dedicado a hacer travesuras.

¡Cuántos escritores lo hicieron en el pasado! Nadie imagina a Edgar Allan Poe o a Victor Hugo quebrándose la cabeza para un examen, aunque habrá quien me contradiga y diga que Franz Kafka, el pobre Franz, fue un distinguido abogado asesor de seguros, y Chéjov y Céline estudiaron medicina y que, como a tantos, les tocó aburrirse en clase y aprenderse tanto libro inútil; lo que, para bien o para mal, sirvió a su arte y jamás fue un obstáculo para que se convirtieran en los extraordinarios escritores que son.

En últimas, lo que intento decir es que las fuentes de mi formación como escritor están en todo aquello que, por aquel entonces —años cincuenta y sesenta—, reñía con una cierta idea reinante de la cultura, que prohibía o menospreciaba, en orden a un idealismo clasista, lo considerado cursi, banal o populachero, por más que impregnara nuestra vida las veinticuatro horas del día. Era aquella una cultura parroquial y aburrida, que remedaba sin mucha vergüenza un estilo de vida francés o español, ¡vaya uno a saber!, que pronto hizo aguas, cuando a comienzos de la década prodigiosa, gracias a los movimientos de la contracultura y la rebelión sexual y femenina, las cosas fueron ya a otro precio, y el *rock*, el cine, el arte de vanguar-



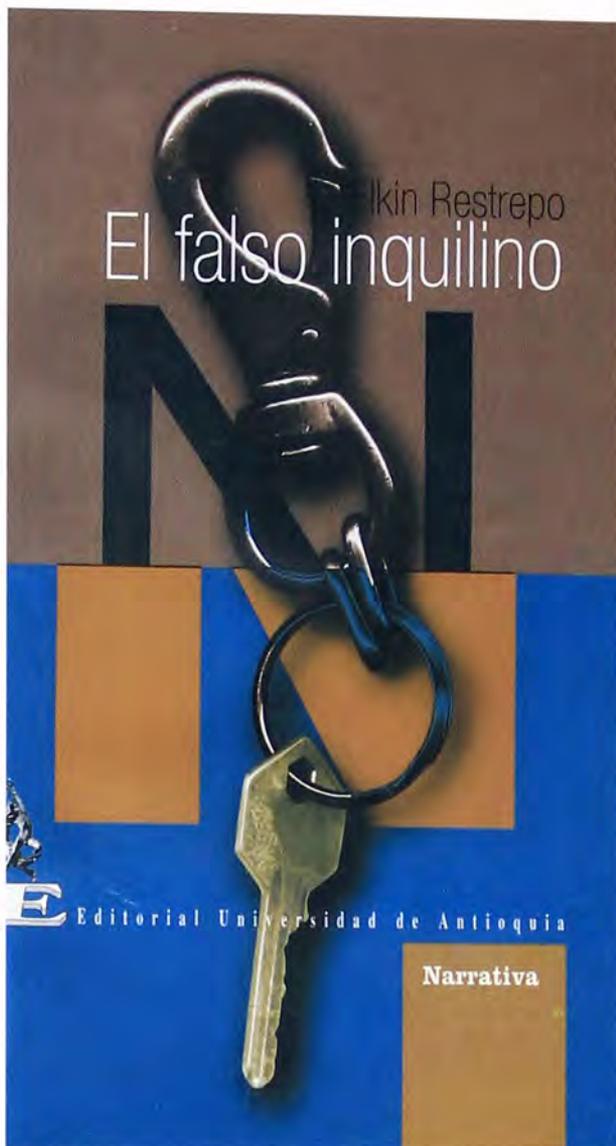
Tomado de Elkin Restrepo, *Retrato de artistas*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1983.

Elkin Restrepo, *Sueños*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1994.

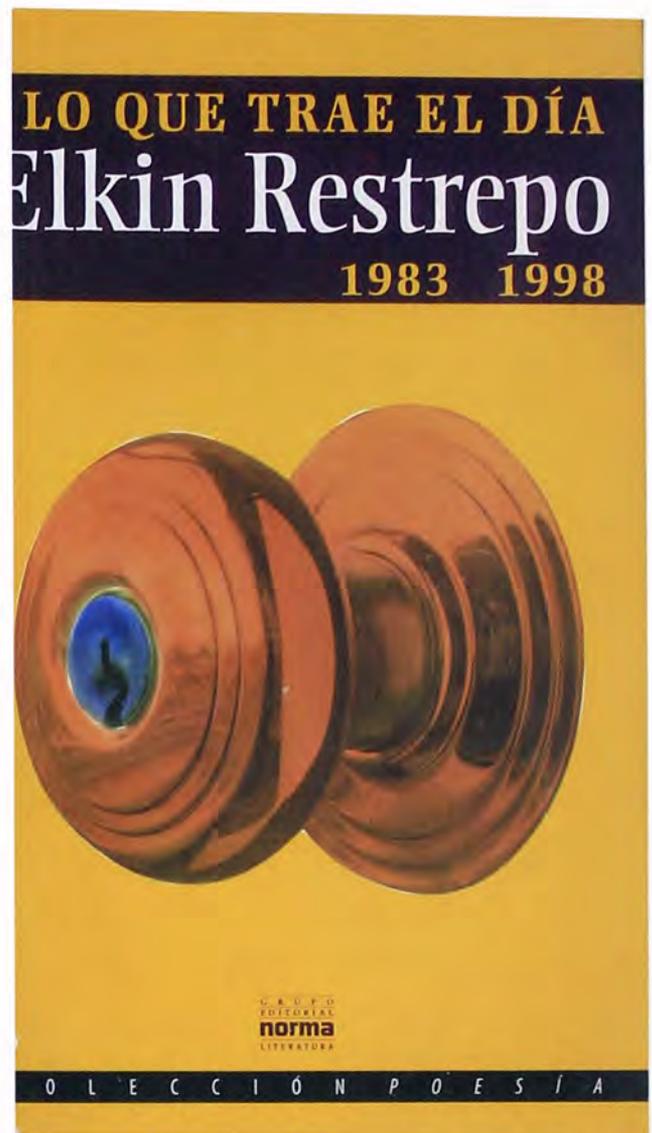
dia, el marxismo y los subgéneros de todo tipo, incluido el cómic, se plantearon como una nueva estética y un nuevo modo de pensar y vivir la sociedad.

Con todo, el cine era lo mío. Iba a cine a diario y, si no era feliz completamente, era porque la vida, mi vida, no era como lo es en la pantalla: llena de aventura y romance, con bellas y sensuales mujeres, que no tienen ningún escrúpulo en amar y dejarse amar. Si alguna vez la ensoñación amorosa fue un demonio que jugó conmigo miserablemente, fue entonces. De pronto las mujeres eran ya una tentación y, como se decía entonces, una incitación al pecado, pues podían perder al más santo. Lo que las hacía aún más fascinantes. Casi sin darme cuenta, había entrado en la adolescencia.

A partir de entonces, para satisfacer mi pasión por el cine, siguiendo el circuito de teatros, inicié el trazado de un mapa que terminó siendo el de una ciudad, que se desplegaba a los impulsos de mi recién estrenada libertad y que, con el paso del tiempo, se hizo otra. Recuerdo que, como cartógrafo aficionado, lo delineé repetidas veces en el cuaderno de dibujo, coloreándolo según me dictaba el ánimo, y volviendo sobre él cada que la duda me obligaba a corregir un segmento, punto o línea. Llegué incluso a pintarlo y a superponerlo sobre el real... para distraerme en los ratos en que la clase de geografía local se hacía demasiado sosa con el repaso de los municipios y corregimientos limítrofes. Me parecía que si existía un verdadero mapa era éste, el imaginario, el que yo construía con mis incursiones a teatros



Elkin Restrepo, *El falso inquilino*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999.



Elkin Restrepo, *Lo que trae el día, 1983-1998*, Bogotá, Editorial Norma, 2000.

tan diferentes en su prestigio y condición como El Lido, toda una pieza artística, situado en el muy burgués parque de Bolívar, y el Balcanes, un antro de Guayaquil, a donde acudía la canalla de la ciudad. O como los cines de barrio, cuyos reestrenos ofrecían siempre una sorpresa, tratárase del cine negro, los musicales o las películas del Oeste, y que conformaban el núcleo de oro de la ilusión. Encaminarse hasta ellos, dadas las distancias entre uno y otro, implicaba un conocimiento de calles y lugares de los cuales no tenía noticia o tenía noticia incipiente. Ir al teatro Cuba, Rialto u Olimpia, especializado en el mejor cine francés, por ejemplo, tomando como punto de salida el Manrique, era cubrir un área que se extendía desde la calle Lovaina, el cementerio de San Pedro y la estación Villa hasta el aristocrático barrio Prado y Los Ángeles, media ciudad, mejor dicho. En dirección contraria, hacia el occidente, al otro lado del río, estaba el otro casco y dentro de él América, Rívoli, Santander y Mariscal. A Guayaquil, predio de putas y asesinos, había que acudir en compañía de los amigos, la fama era que allí podía sucederte cualquier cosa, pero allí estaban el Granada, El Imperio, el Medellín, el Colón y el Roma, donde la censura nunca iba y se podían ver las películas prohibidas para menores. En el centro, agrupados como un rebaño sumiso, además del Lido, estaban el Metro Avenida, Cine al día, Cinelandia, María Victoria, el Ópera, al cual posteriormente se sumaron El Cid y El Guadalupe, recinto que terminó convirtiéndose en sala de cine X. Entre cada uno de ellos, yo trazaba una línea imagina-

ría que en su conjunto, como si se tratara del mapa de un pirata, escondía un tesoro; tesoro que el afán de lucro, los malos tiempos, convirtieron luego en otra cosa al destruirlos casi todos.

Así, de teatro en teatro y de película en película, fui conociendo la ciudad y pasando de una edad a otra, convencido de que en la vida no podía haber algo mejor que el cine. De aquellos continuos periplos, tan llenos de tentaciones y perdición, podría citar algunas películas: *El estigma del arroyo*, *Anastasia*, *La mujer del río*, *Virgenes de media noche*, *El bufón del rey*, *De aquí a la eternidad*, *Las tres caras de Eva*, *El gran dictador*, *el Ladrón de Bagdad*, *Las arenas del desierto*, *Sudán*, *Sansón y Dalila*, *Milagro en Milán*, *las series de Flash Gordon*, *Los peligros de Nyoka*, *El imperio Submarino*, *El fantasma*, *El capitán América*, *El capitán maravilla*, *Los tambores de Fu Manchu*, todo el neorrealismo italiano y la nueva ola francesa. Agreguémosle a esto las revistas de muñequitos y las “vistas”, los recortes de película, que se vendían en paquetes, para coleccionar y hacer álbumes con ellas en los cuadernos cuadriculados, que por una razón u otra dejábamos de usar en la clase de geometría.

Alguna tarde, en las carteleras del teatro Manrique vi anunciada *La joven*, con May Britt, una bella rubia holandesa de capul y pecas en el rostro. El cartel la mostraba echada en la hierba, con vestido escotado y una paja en la boca, en actitud insinuante. Según rumores, la actriz aparecía desnuda en la película, por lo que el día del estreno, aprovechando el tumulto que se formó a la entrada, me deslicé a la sala, sin que el portero, un viejo calvo malgeniado, llamado Pío, se detuviera a revisar mis documentos. La película empezó a desarrollarse normalmente, con una sala completa y en suspenso, a la espera del gran momento. El silencio, como en el verso de Neruda, era mineral. El corazón me daba tumbos, impaciente, pareciéndome que todo el mundo lo oía retumbar. Cuando la proyección llevaba una media hora y las escenas con la actriz se tornaban cada vez más voluptuosas, de repente, alguien allí cerca, aprovechando la oscuridad, a todo pulmón, cantó como un gallo, produciendo la carcajada general. Entonces, las risas, las palabras soeces, el abucheo amenazaron pronto con volverse un bochinche. Las cortinas de la entrada se abrieron y vi cómo Pío, con una lámpara, empezaba a repasar una a una las bancas de espectadores, hasta detenerse en la mía, que daba contra el pequeño muro, que separaba a “Galería” de “Luneta”. Sin dudarle un instante, quizás porque yo era el más pequeño de todos, y evitaba así problemas con alguien adulto, me puso el rayo de luz en la cara y, tomándome del brazo, me sacó a los empellones del teatro. Intenté protestar, pero de nada valió. Gracias a Pío cuyo nombre aún me produce urticaria, me quedé sin ver a May Britt, tal como Dios la trajo al mundo. En la pura almendra.

¿Y los libros? Bueno, los libros, los amados libros, llegaron, como tantas cosas en la vida, por pura casualidad, cuando convalecía de una operación de amígdalas en el hospital San Vicente de Paúl, y gracias a mis padres. Aún tengo vivo el momento en que, al despertar de la anestesia, los encontré, velando al pie de la cama, como ángeles trasnochados. Yo era su primogénito, su ñaña, como se dice, y mi condición de tal los movía a ser muy solícitos conmigo. Mientras me contaban los resultados de la intervención —ya no volvería a tener aquellas fiebres miserables que a cada rato me tumbaban a la cama—, mi madre me entregó un paquete envuelto en un papel de color verde jaspeado, muy vistoso. Era el primer regalo que me hacían por fuera de la fecha de cumpleaños o la Navidad, por lo que la sorpresa fue grande. Al abrirlo, descubrí que se trataba de un libro de cuentos, bellamente empastado y con ilustraciones, que reunía tres historias, una de las cuales, *La his-*

toria de Abdula, el mendigo ciego, me atrapó enseguida, tanto, que mientras estuve en el hospital, lo leí una y otra vez maravillado.

El texto, de una brevedad ejemplar, cuenta cómo Abdula, el mendigo, camino a Bagdad, se encuentra con un mago que le ofrece una pomada que, untada en el ojo izquierdo, le permitirá ver todos los tesoros que encierra la tierra. Por el contrario, echada en el ojo derecho, lo dejará ciego. Abdula, gracias a la pomada, se torna en un hombre rico, pronto sus caravanas de camellos cargados de oro y piedras preciosas son numerosas. Pero la ambición, lo pierde. Pensando que el mago lo quiere engañar, negándole riquezas mayores, utiliza la pócima indebidamente, aplicándosela en el otro ojo. En el acto, como se lo predijo el mago, queda ciego y los tesoros le son arrebatados.

El relato, que Borges, Silvina Ocampo y Bioy Casares incluyeron en la *Antología de la literatura fantástica*, me hizo maldecir una y otra vez al mendigo que por su ambición y estupidez había echado a perder tal oportunidad. La verdad, no me daba cuenta que, por primera vez, vivía el poder y la fascinación del verbo, la magia de las palabras, su efecto inextinguible, y que frente a ello no había modo de resistirse. A partir de entonces empecé a leer cuanto papel caía en mis manos, con un placer y curiosidad infinitos.

Y aludiré a un libro que quizá explique el porqué un día soñé con ser escritor. Se trata de *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell, que descubrí para mi bien la primera vez que me dejaron entrar a la sala de adultos de la Biblioteca Pública Piloto, cuando ésta quedaba en la avenida La Playa, en una vieja casona señorial. Hasta entonces, los empleados sólo me permitían la entrada a la Sala Infantil, repleta de ese tipo de libros sosos con los que se pretende distraer a los niños y que, de lo poco imaginativos que son, ni daño hacen. Mi padre, que trabajaba en la Voz de Medellín situada al otro lado de la avenida, aprovechaba los sábados para dejarme en la biblioteca, mientras él cumplía algunos menesteres aplazados. Pero mi frustración fue grande, cuando al acudir allí la primera vez, en lugar de la sala con las altas estanterías repletas de libros de toda clase, se me condujo a otra más reducida, donde las cosas no eran como yo esperaba. Desistí de volver, hasta cuando por una razón oculta para mí, pues seguía siendo el mismo niño de siempre, me permitieron la entrada a la gran estancia. ¿Haría mi padre, viendo mi desencanto, para que las cosas ocurrieran de distinto modo? Después de repasar la sección de novelas y detenerme en algunos nombres, un impulso me llevó a elegir *Lo que el viento se llevó*, del cual no tenía noticia y cuya lectura me copó unas vacaciones enteras y que, con su oscuro dramatismo y belleza, tocó mi alma.

Tiempo después, influenciado por una historia de fidelidad de un perro, que murió en una parada de buses, esperando a que su amo volviera de la guerra, leída en una revista popular, tomé un lápiz y en un cuaderno anoté unos versos o algo parecido a unos versos, imaginando que, bajo otra forma, yo podía contar lo mismo. Que de ahí, de aquel acto espontáneo como ninguno otro, se derivara la pequeña y feliz aventura de mi vida, no deja aún de maravillarme. A veces, recordando el hecho, me da en pensar que la vida responde siempre a un plan misterioso donde, como en un guión teatral, cada quien cumple su papel. Yo tenía catorce años, y a mi condición de fanático del cine y lector desvelado, se agregaba ahora la de aprendiz de brujo.